

Evidencia de la necesidad de las recompensas de ultratumba

El pensamiento de que debe recompensarse la virtud es el más lógico de los que componen el espíritu humano. La idea de que la virtud es recompensada efectivamente fue una afirmación atrevida a la que fue llevado el israelita por su confianza absoluta en la justicia divina.

El antiguo semita pensaba que para el hombre no hay más vida que la terrenal. El antiguo semita rechazaba como quiméricas todas las formas con que otros pueblos se representaban la vida de ultratumba. De este modo le hacía pensar cierto buen sentido y la imagen exaltada que se forjaba de la grandeza divina. Sólo Dios es eterno; el hombre vive pocos años: un hombre inmortal sería un dios, un rival de Dios, una imposibilidad. Por eso aseguraban que la recompensa de la virtud está en la tierra.

Eso no resulta auténtico. En todas las épocas y sociedades se suele violar la justicia distributiva, y más versados que los antiguos en ciencias sociales, podemos afirmar hoy que a la fuerza ha de suceder así. La injusticia está en la misma naturaleza. Muere un hombre al querer sal-

var a un semejante suyo y nadie puede sostener que la justicia absoluta del mundo real se aplica a este hombre. El antiguo Israel utilizó todos los sofismas para salir de este atolladero. Los tiempos muy antiguos se salvaban gracias a la justicia colectiva. Se castigaban en los hijos las culpas de los padres; se castigaba a una sociedad por los desmanes de algunos miembros suyos. Pero es tan defectuosa una justicia así que hasta los israelitas más ortodoxos acabaron por renunciar a ella.

En algunas ocasiones se negaban los hechos: un salmista afirma que en su larga vida nunca vio falta de pan al hijo de un hombre justo. Otras veces se hacían distingos. Cierto es, decían los sabios, que el justo es pobre a veces, pero resulta preferible la dicha con poco a la prosperidad del malo. En otras, se recurría para justificar la desgracia de los buenos a los misterios de la conciencia humana, a los pecados que se pueden cometer inconscientemente. Dios era tan severo que encontraba iniquidades en el hombre más virtuoso al parecer. Se empleaba también la teoría de la prueba pasajera. A Dios le gusta a veces probar a sus servidores, pero luego remedia el daño que les ha hecho. Se imaginaron todos los casos posibles y se presentó como ejemplos a Job, Tobías y Judit, que, después de dolorosísimas pruebas, obtuvieron gloriosa recompensa.

De la misma manera se explicaron las vicisitudes de la historia de Israel. Sufría calamidades por sus pecados, pero el porvenir le reservaba compensaciones infinitas.

Estos razonamientos débiles apaciguaron durante siglos, bien o mal, la conciencia inquieta de Israel, pero en el fondo, la agitación del alma israelita era inmensa. La historia de Israel es un esfuerzo de diez siglos para llegar a la idea de las compensaciones más allá de la muerte.

A lo largo de bastante tiempo hubo calma y tranquilidad. El judío rico se creía bastante recompensado con su riqueza, y el judaísmo, en medio de la triste vida de la antigüedad, proporcionaba tanta ventura, que se perdonaban muchas oscuridades.

No sucedió lo mismo cuando empezó la persecución de Antíoco. En tal día se vio recompensados a los apóstatas, y muertos a los fieles entre atroces suplicios por no renegar de la ley. Las explicaciones que hasta entonces sólo habían parecido defectuosas se declararon completamente necias. No se podía alegar de ningún modo que aquellos justos habían encontrado recompensa en la vida presente. El mártir es recompensado sin duda, pero no en la tierra, sino en otro mundo. Hay otra vida en que se realiza la recompensa de Dios. Los santos, ahora oprimidos, serán los reyes de tal mundo. Los mártires que hayan contribuido a fundarlo resucitarán también, pero en el valle de Gehenna donde no muere el gusano ni se extingue el fuego. Algunos opinaron que el malo no resucita y que su castigo es la nada.

Gracias a esta afirmación heroica salió vencedor Israel de una situación sin salida. Nunca se produjo un dogma de manera más ineluctable. La fe en la resurrección procede de un sistema tan lógico en el desarrollo de las ideas judías que es totalmente superfluo buscarle origen ajeno. Persia creía en la resurrección antes que Israel, y hay que confesar que el libro de Daniel, en el que figura por primera vez el dogma judío, está lleno de huellas de la influencia persa; pero el mártir fue el verdadero

fundador de la creencia en una segunda vida. El vidente de Patmos no imagina su reino de mil años más que para los mártires. Daniel no concibe la necesidad de la resurrección más que para los mártires.

Por fin Israel ha llegado al último resultado de su esfuerzo secular, al REINO DE DIOS, sinónimo del porvenir, y a la RESURRECCIÓN. Extraño a la idea de un alma distinta, superviviente al cuerpo, Israel sólo podía llegar a este dogma haciendo revivir al hombre entero. Las almas de los justos han de acompañar a sus cuerpos. Esas almas no irán a un Paraíso metafísico, que el aburrimiento hacía tan insoportable como el infierno: se quedarán en la vida para reinar con los santos, para gozar del triunfo de la justicia, para formar parte del reino eterno en el seno de una humanidad regenerada.

Así es la idea que ha convertido al mundo. La fe en lo porvenir ha sido fundada por el pueblo que menos creyó en la inmortalidad del individuo.

No hay que imaginarse la leyenda de semejantes ideas como una proclamación de dogma hecha por una autoridad infalible. Muchos israelitas seguirán fieles a la antigua escuela o considerarán la creencia en la inmortalidad como creencia piadosa que puede admitirse y no admitirse. Siempre habrá judíos que se crean recompensados cuando poseen riquezas, comodidades y los placeres de la vida; pero la lógica exigía otra satisfacción.

El guía del hombre es únicamente la idea de lo porvenir. Un pueblo que abdicase en masa su fe en lo que hay más allá de la muerte se rebajaría por completo. El individuo puede hacer grandes cosas sin creer en la inmortalidad, pero es necesario que crean en ella otros, por él y alrededor de él. En el movimiento de un ejército existen al mismo tiempo el valor personal y el arranque general. La fe en la gloria, nuestra persecución del ideal, no son más que una forma de la fe en la inmortalidad y nos llevan a hacer una porción de cosas cuyo resultado no se disfrutará hasta después de la muerte.

Los israelitas se dejaban tiranizar por una ley cuyas recompensas todas se reducían a una larga vida. Nunca se sabrá cuán fecundos fueron aquellos días sombríos, en los que Antíoco Epifanio, como antecesor de Nerón, persiguiendo la religión, la consolidó. Todo nace en las crisis. Lo que estaba latente y en potencia, sólo se desprende presionado por la necesidad. El israelitismo fundado en la doctrina moral de que siempre es culpable el hombre a quien le ocurre una desgracia, tiene que retroceder y ha de decir la palabra que tanto se le resistió siglos enteros: «la vida eterna». El mesianismo, el apocaliptismo, sujetos hasta entonces en su crecimiento, van a dar pasos de gigante. Queda fundado el cristianismo. Las dos ideas principales de Jesús, el reino de Dios y la resurrección, se ven completamente formuladas. El espíritu del mártir queda creado. La madre y los siete hijos de Jerusalén darán la vuelta al mundo y se les respetará como a los mártires cristianos.

La «abominación de la desolación» ha llevado la cólera al colmo. Los mártires sacan a la humanidad de sus apuros. Ellos son los que afirman, cuando aquélla no sabe salir de sus dudas; ellos los que en-

señan el auténtico sentido de la vida, la persecución de los fines abstractos, la verdadera razón de la inmortalidad.